

Desde que le correspondió, Nicolás iba todas las noches a platicar con ella. Al otro lado de donde vivía Irene, habitaba la señorita Juana Cárdenas, una muy amiga suya. Ella era novia de J. Jesús Pérez, quien se encontraba con Nicolás por las noches, cuando hablaban con las novias, por eso se hicieron amigos inseparables. Ellas también lo eran, y salían juntas a conversar.

Carlos no estaba de acuerdo en la relación de su hermana con Nicolás, pues era muy enamorado y parrandero. Irene no le creía y pensaba que, por fastidiarlo, Carlos la obligaba a meterse pronto a dormir, cosa que Juana también hacía. Nicolás se las ingenió para hacerse amigo de Carlos, y así le permitiera platicar con su hermana más libremente.

Los novios —después de que se metían sus prometidas— se quedaban hasta muy noche sentados en la vía del tren, en medio de la oscuridad, para vigilar si otros iban a verlas. Así se les pasaba el tiempo y se retiraban a sus casas después de la media noche, y cuando había luna llena se iban más tarde.

### *El diablo en forma de mujer*

La mamá de Nicolás, doña Jacoba Velázquez, lo regañaba:

—Nicolás, no vengas tan tarde, un día te va a salir el diablo, ya has oído decir que se aparece a deshoras de la noche en el pueblo, en forma de animal, de charro o mujer.

Y él le contestaba:

—Mamita, prometo que voy a venir más temprano, ya lo verás.

Pasó el tiempo y Nicolás no cumplía con lo prometido.

Una noche de frío invierno, la Luna lucía esplendorosa su disco de plata a medio cielo. Como a las cero horas o un poco más tarde, los dos amigos seguían platicando cuentos colorados, cuando, de pronto, vieron pasar a una mujer muy bella, de pelo rubio, esbelta, blanca y muy bien vestida, caminando por la vía del tren. A los dos trasnochadores, al mismo tiempo, les brillaron los ojos de gusto. Entonces le dijo Nicolás a su amigo J. Jesús:

*Finis*

—Un volado, vale, a ver a quién le toca la rubia.

—Juega, ya vas, avienta la moneda.

Nicolás aventó la moneda al aire y Jesús preguntó:

—¿Águila o sol?

La moneda cayó por el lado del águila, ganando Nicolás, quien se fue muy aprisa para alcanzar a la bella dama, pero a pesar de que ella caminaba despacio, no podía emparejarse, y le decía:

—Oiga, señorita, espéreme tantito.

Ya para llegar al crucero de arriba —ahora la glorieta Jesús Alcaraz— la mujer volteó el rostro. Nicolás se horrorizó al ver que echaba lumbre por los ojos y la boca. Con los pelos erizados de miedo, se regresó corriendo lo más rápido que pudo hacia donde estaba su amigo y le dijo:

—Vámonos, vale, la mujer rubia resultó ser el diablo en persona, vieras cómo echaba lumbre por la boca y los ojos.

Jesús se echó a reír por lo que le había pasado a Nicolás, alegrándose de que no le había tocado a él. Nicolás, todavía asustado, se fue corriendo a su casa. Llegó precipitadamente a acostarse. Su madre lo sintió por el ruido que hizo al llegar, pues todavía estaba despierta por el pendiente. Entonces le preguntó:

—¿Por qué llegaste corriendo y aventando la puerta? Parece que alguien te viniera siguiendo.

Nicolás se hizo el dormido y no le contestó, creyó prudente platicarle después lo que le había pasado. Al amanecer, la mamá le volvió a preguntar:

—No me contestaste nada ¿Por qué llegaste corriendo como si alguien te viniera siguiendo?

Nicolás se animó a decirle la causa.

—Resulta que me sucedió lo que me advertías del diablo. Anoche se me apareció en forma de mujer, se veía muy hermosa. Jugamos un volado Jesús y yo a ver a quién le tocaba aquella mujer... y le gané. Luego me fui corriendo detrás de ella y no la podía alcanzar, y antes de llegar al crucero de arriba volteó la cara y vi que echaba lumbre por los ojos y la boca, por eso me vine corriendo muy asustado.

—¡Qué bueno! Creo que con esto vas a tener cuidado de venir temprano. Este escarmiento te hacía falta.

Y así fue, Nicolás empezó a llegar más temprano a su casa; pronto se despedía de su novia y luego se iba a dormir, lo mismo hacía Jesús.

### La boda de mis padres

Pasó el tiempo, la relación con Irene iba más en serio y, cuando ya tenían un año de noviazgo, Nicolás le dijo:

—Irene, ya tenemos un año de novios, está bueno que nos casemos... si es que de veras me quieres como yo a ti. ¿Qué piensas de esto?

Irene le contestó que sí, porque lo quería entrañablemente, y aceptó gustosa para ver si así descansaba de los malos tratos de su tía Alicia. Al día siguiente, Nicolás le dijo a su padre:

—Papá, quiero que me hagas el favor de pedir a mi novia para casarnos. Tú y mi madre la conocen y saben que es una muchacha seria.

Don Berna le contestó:

—Muy bien, empieza a ahorrar dinero y, con lo que yo te ayude, te puedes casar.

—Ya tengo algo ahorrado y, con tu apoyo, puedo hacerlo.

Al día siguiente fue a pedir a Irene, pero fracasó, ya que Carlos y su tía se opusieron. No quisieron “darla” porque sabían que Nicolás era mujeriego y parrandero. Esto le dijeron a don Berna. Él les prometió que iba a tratar de que Nicolás se corrigiera. Al regresar a su casa le dijo a su hijo:

—Fracasé en el pedimento, su hermano Carlos y su tía se negaron, pues te conocen que eres muy parrandero... Que si te corriges, pueden aceptar.

—Pues díles que les prometo corregirme ¿Puedes ir otra vez?

Don Berna, a los pocos días, volvió a ir a pedir a la novia, y les dijo a Carlos y a la tía:

*Cuando fui "guachame"*  
*(o los alaridos de La Llorona)*

De chico también fui "guachame", así le decían a los que llevaban almuerzos a personas que andaban trabajando en el campo. Mis tíos Juan y Luis sembraban maíz y frijol en los potreros de La Carpa o Jayamita, que estaban cerca de Los Amiales.

Cuando salía de la escuela, al llegar a la casa de mi abuela Jacoba, ella me mandaba llevar los bastimentos a mis tíos. Mi tía María ensillaba un caballo bayo, muy bueno para andar y muy manso, le decíamos *El Viejo*. Le colgaba en la cabeza de la silla costalillos y más costalillos con bastimento. Cuando llegaba al potrero, entre los mozos había uno que corría antes que los demás y destapaba los bastimentos; luego exclamaba: "¡Uy..., puros del once batallón!" —cuando eran frijoles de la olla—, o por la mañana, cuando no llevaba café, nomás puro almuerzo, decía: "¡Uy..., ora puro *chocolaire!*".

Esas tierras eran muy fértiles en aquel entonces, por eso levantaban muy buenas cosechas de maíz y frijol, gracias a los mozos y peones.

Por el mes de diciembre, mis tíos les dijeron a los peones:

—Queremos realizar una tapazón.

Al día siguiente, luego, luego, se pusieron a hacer una cerca grande de piedra en un brazo del río Armería, para desviar el agua a otro brazo. Le rellenaron de arena y grava, pero antes le pusieron hojarasca de plátano, ramas de árboles y luego tierra. Ya que no le salía mucha agua y se fue secando, quedaron algunos charcos chicos. Los mozos, luego se pusieron a pescar. Los vi que sacaban mucho chacal, o sea el acosil o langostino (esta palabra es un modismo de la gente de Coquimatlán), también pescaban muchos chigüilines (pececito liso con ventosas para adherirse), bagres y guabinas, un pez muy apreciado de este río. Mis tíos dijeron:

—Vamos a ir a casa para regresar después de cenar —y así lo hicieron.

Como a las 9:30 de la noche cenamos, arreglamos unos costalitos grandes que les dicen de arreal, y linternas de carburo; ensillamos los caballos y, ya cuando iban a partir, les dije:

—Yo también quiero ir, yo quiero ir.

Luego me contestaron, casi juntos:

—No, no vas porque hace mucho frío allá, el invierno está muy duro, además vamos a venir muy noche.

Yo seguía insistiendo, y, por fin, dijo mi tío Juan:

—Bueno, que vaya para que cuide las sillas de montar, porque puede andar gente pescando.

Entonces me subí en ancas al caballo de mi tío Juan y nos fuimos. Ya como a las 10:30 de la noche llegamos al brazo seco, desensillamos los caballos y me dijeron:

—Amárralos donde coman mientras venimos.

Así lo hice, luego me acomodé en los suaderos de las sillas y me cobijé unos sarapes que llevamos. La noche estaba muy oscura, la luna se había metido, el tintinar de múltiples estrellas y las luciérnagas me alumbraba. Trataba de ver a los que se habían ido a pescar, pero sólo veía el reflejo de la luz de las linternas... muy lejos. Este brazo que secaron estaba más abajo del puente Benito Juárez. De pronto, como a las doce o un poco después, escuché unos gritos de mujer muy desahogados, que al mismo tiempo lloraba desconsolada y decía: "¡Ay, mis hijos...!".

Estos gritos lastimeros retumbaban en las faldas del cerro. Luego, de puro espanto, se me erizaron los cabellos y los vellos de todo el cuerpo, mientras trataba de acurrucarme más entre los sarapes. Este llanto y los gritos se me hicieron eternos. Cuando ya no los oí, traté de dormir, pero ya no pude, pues el susto no se me quitaba.

Como a las tres de la mañana, regresaron los que habían ido a pescar, traían los costalillos llenos de chigüilines, chacales y otros pescados.

Entonces les dije:

—Estoy muy asustado.

—¿Por qué? —me preguntaron.

—Pues como a la media noche, de pronto, se escucharon unos gritos muy feos, como una mujer que lloraba desconsolada y decía lastimeramente: “¡Ay, mis hijos..., mis hijos!”.

Ellos se rieron y dijeron:

—Esa mujer que oíste es *La Llorona*. Siempre anda por aquí en las noches a las orillas de los ríos, sale llorando y gritando: “¡Ay, mis hijos...!”. Ese fue el castigo que Dios le dio por haber echado a sus hijos a un río crecido. Desde entonces los busca. Así te pasó a ti. Dios te castigó porque no quisiste quedarte.

Esa leyenda de *La llorona* ya la había escuchado algunas veces, pero hasta entonces creí que sí existía. Una noche que no se me olvida, ni se me olvidará mientras viva.

### *De regreso a Coquimatlán*

Yo tenía ocho años de edad, y, en los primeros días de haber llegado, mi abuela me inscribió en la escuela de ahí, que desde ese entonces lleva el nombre de Valentín Gómez Farías. Al principio, los maestros no querían recibirme porque ya habían empezado las clases, pero por influencias de mi padre lo hicieron.

En aquel tiempo, la escuela estaba ubicada detrás de la presidencia municipal y del templo; tenía una huerta de mangos, aguacates, palmas de coco, plátanos y limones; también unos corredores de tejas y 6 cuartos que eran los salones de clases, desde el primer grado hasta el sexto.

En las partes que no había árboles frutales, los maestros nos ponían a sembrar hortalizas: rábanos, cilantro, zanahorias y lechugas. Nos turnábamos para regarlas y, cuando ya estaba la producción, los profesores nos la repartían equitativamente a los que trabajábamos.

En ese entonces estaba como directora la maestra Susana Ortiz Silva; también llegó el maestro Salvador Pérez Mancilla con su familia, luego una maestra llamada Adela y otra Lola, de cuyos apellidos no me acuerdo; después vino la maestra Ma. Concepción Fa-